



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 47.

JUEVES 19 DE ENERO DE 1865.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

APUNTES HISTÓRICOS SOBRE LA CONQUISTA DE TÁNGER POR LOS PORTUGUESES, por J. Barrera.—LA INOCENCIA POR BLASON, poesía, por Antonio Blázquez de Castro.—LA HUERFANA, cuento, por Eleuterio Llofrin. (Continuación).—LA MAÑANA, poesía, por Campo Díaz.—¡UNA MADRE! (en el álbum de Consuelo), por Carlos Cano.—HISTORIA NATURAL: pequeña avutarda.—LA PRIMERA IMPRESION: (máximas morales), poesía, por Aureliano Ruiz.—LA ILUSION Y EL DESENGAÑO, poesía, por M. Seco.—VIAJES: Basi ea.—A UNA RUBIA, poesía, por A. Viudes Giron.—COSAS DEL DIA, poesía, por Aureliano Ruiz.—BIBLIOGRAFIA.

APUNTES HISTÓRICOS

SOBRE LA CONQUISTA DE TÁNGER POR LOS PORTUGUESES.

El interés que en la actualidad inspira en España cuanto tiene relacion con el imperio de Marruecos; interés, cumplidamente justificado, por los gloriosos hechos de armas con que nuestro invencible ejército demostró hace poco, á la Europa, su estorzado denuedo en los repetidos combates que tuvo que sostener contra incansables y numerosos enemigos, nos ha sugerido la idea de publicar con preferencia los siguientes apuntes históricos, sobre la conquista de Tánger por los portugueses, que creemos verán con gusto nuestros lectores y hemos redactado teniendo á la vista antiguas crónicas portuguesas y otros documentos.

Reinaba en Portugal en el año 1437 don Duarte, príncipe de estorzado ánimo que, desde su elevacion al trono, había determinado continuar la conquista de las bárbaras tribus del Africa, que su padre don Juan I había comenzado ya con la sumision y toma de la plaza de Ceuta.

No ignoraba don Duarte la magnitud de la em-

presa que iba á acometer, y por esta razon, despues de maduras reflexiones y de haber escuchado los sábios consejos de los mas distinguidos cabos y dignatarios de su córte, decidió dar principio á la conquista con la investida de la plaza de Tánger; considerando sabiamente su posesion de grande importancia para el establecimiento de su futura base de operaciones.

Dispuso al efecto una poderosa armada con la fuerza de 2,000 caballos, 4,000 infantes y alguna artillería, cuyo mando confió á los infantes don Enrique y don Fernando que no tardaron en hacerse á la vela hácia Tánger, decididos á abatir el estandarte de la media luna que ondeaba sobre sus muros.

Vanos fueron, sin embargo, los esfuerzos de aquellos guerreros é infructuosas y desgraciadas las acometidas y repetidos asaltos con que envistieron la plaza; pues se vieron obligados á ceder ante el número superior de sus defensores, aumentados despues con mas de 100,000 hombres que enviaron en su auxilio los reyes de Féz, Marruecos, Velez y Tafílete.

Los Portugueses, á pesar de haber combatido heroicamente, tuvieron que renunciar su conquista y levantar el sitio, despues de 37 dias de continuos combates y privaciones y de haber dejado cautivo al infante don Fernando, que murió en Tánger antes de conseguir su rescate.

Las antiguas crónicas de Portugal refieren este suceso con todos sus detalles y aseguran que aquellos intrépidos guerreros se vieron obligados, en mas de una ocasion, á sustentarse con la carne de los caballos y á aprovecharse de sus monturas para alimentar el fuego con que preparaban aquella repugnante vianda.

Sucedió á don Duarte su hijo don Alfonso V, quien empenado, con sus predecesores, en llevar á cabo la toma de la plaza de Tánger, salió de Setubal en 1458 con una armada, compuesta de 200 velas y se dirigió á Alcázar-Seguir, cuyos habitantes y guarnicion se rin-

dieron, despues de algunas ligeras escaramuzas, á condicion de que se respetasen sus vidas y haciendas.

No creyó prudente Alfonso V, despues de esta victoria, continuar el proyectado ataque contra Tánger, por encontrarse á la sazón defendida aquella plaza por el Rey de Féz, con crecido presidio de gentes de todas armas; pero queriendo, á pesar de ello, medir las suyas con los sectarios de Mahoma, mandó emisarios á aquel, desafiándole á campal batalla, que el moro no quiso aceptar.

El de Féz, sin embargo, envió algunos ginetes y peones sobre Alcázar, que fueron rechazados, con grandes pérdidas, por el presidio que Alfonso V, había dejado para guarnecerle.

Don Alfonso regresó entonces con su armada al Algarbe temeroso de sufrir, por lo avanzado que estaba el invierno, algun funesto percance en sus bajeles, pero sin abandonar la idea de la conquista.

En efecto, en 1463 volvió con mayores bríos á su proyectada empresa, preparando una numerosa armada que salió de Setubal felizmente, pero que acometida por una violenta borrasca, algunos dias despues, tuvo que refugiarse á Ceuta, donde fueron arribando la mayor parte de los buques con grandes averías.

En aquella plaza formó Alfonso V, el proyecto de atacar la de Tánger por medio de la sorpresa; con cuyo objeto se trasladó á Alcázar, con gran sigilo, disponiendo que en 12 naves se embarcase la gente mas decidida y dispuesta para el asalto; mientras él, con el resto de su ejército, se dirigia por tierra sobre la plaza.

Avisados los moros se prepararon á la defensa y pidieron socorro á los suyos, haciendo fogatas y disparos de artillería que, oídos por el Rey don Alfonso y creyéndolos señal de haber comenzado el ataque de la escuadra, se lanzó al asalto por la parte de tierra, el que

tuvo que suspender por la vigilancia y tenaz resistencia que encontró en los moros; viéndose obligado á retirarse con todo su ejército á Alcázar y de allí á Ceuta, donde se proponía hacer nuevas combinaciones para el logro de su empresa.

En efecto, en enero del siguiente año dispuso que el infante don Fernando volviese sobre Tánger bien provisto de escalas, gentes de todas armas y pertrechos de guerra para que, favorecido de las tinieblas de la noche, repitiese el asalto, siguiendo el plan anterior.

No tardó el infante en dar cumplimiento á las órdenes de su hermano don Alfonso, llegando con toda su hueste á los muros de Tánger, que encontraron desalojados; por lo que arrojando las escalas comenzaron á subir por ellas muchos caballeros y aventureros, que pretendían ser los primeros en sentar la planta dentro de la codiciada plaza. Confiados por demás iban aquellos atrevidos guerreros, coronando los muros, cuando de repente se vieron acometidos por tan crecido número de moros que, á pesar de su heroica resistencia, fueron desbaratados y hechos prisioneros en su mayor parte.

Enfurecido el infante con aquel desastre, quiso penetrar dentro de las murallas que estaban siendo teatro sangriento de la horrible matanza de los portugueses; pero contenido por los principales cabos que le rodeaban, se retiró con sus diezmadas huestes á Alcázar, desde donde, poseído de dolor, dió cuenta al rey del desastroso fin de su jornada.

Alfonso V, para vengar esta derrota, hizo desde Ceuta, varias entradas por las tierras del moro, talando y entregando á las llamas cuanto encontraba á su paso, sin esquivar él mismo los peligros y penalidades de aquellas correrías, retirándose por último á Portugal humillado por las pasadas derrotas, pero decidido á combinar nuevos planes y reunir tantos aprestos de gentes y armas que fuera imposible á Tánger la resistencia.

Reunida en efecto el 15 de agosto de 1471 una numerosa armada compuesta de 308 velas, con 24,000 hombres de desembarco, se hizo á la mar con rumbo hácia Arcila, población distante siete leguas de Tánger, donde llegó felizmente con todo su ejército, desembarcando con grande dificultad á causa de los naturales estorbos de la playa.

Plantó sus reales Alfonso V. sobre la ciudad y despues de establecer el cerco de ella y las oportunas líneas de defensa, que le pusieran á cubierto de los ataques exteriores, ordenó batir las murallas con dos piezas de grueso calibre que, á los tres días, consiguieron arruinar parte de ellas; en cuyo momento los portugueses dieron la embestida á la plaza con tanto denuesto que consiguieron penetrar en ella sin grande resistencia.

Despavoridos huyeron los moros hasta guarcarse en el castillo y mezquita; pero allí les siguieron tambien los sitiadores, logrando vencerlos despues de una desesperada resistencia, que costó la vida á muchos guerreros de ambos ejércitos.

Noticiosos los de Tánger de la pérdida de Arcila, y de los vanos esfuerzos que Muley Xequé su gobernador, habia hecho para resistir el ímpetu de los portugueses, resolvieron abandonar la plaza, sin esperar que el victorioso don Alfonso se presentara delante de sus muros; cuya determinación, sabida por éste, ordenó que una respetable hueste de gente escogida adelantase sobre la plaza, no solo para ocuparla, sino para impedir la fuga de los moros que la guarnecían.

El rey siguió á esta cohorte y verificó su entrada triunfal en la ciudad que tanto habia codiciado el 28 de agosto de 1471, regresando á Portugal en 17 de setiembre del mismo año, despues de haber dejado en Tánger suficiente presidio para defenderla y dado algunas ordenanzas para su seguridad y administración.

En los 200 años que dependió de la corona de Portugal fueron incesantes los ataques que la conquistada plaza sufrió de los moros veci-

nos, y no despreciables las pérdidas que tuvo que lamentar la guarnición que la defendía en las salidas al campo y poblaciones vecinas; salidas que tenían por objeto proveerse de carnes, pastos y leñas, ó talar y quemar las mieses y caseríos, en represalias de los daños que los moros causaban á las atalayas y atajadores, empleados en la custodia del campo.

En tal situación continuó la plaza de Tánger hasta que, cedida en dote á la infanta doña Catalina, al efectuar su matrimonio con Carlos II, rey de Inglaterra, pasó al dominio de este monarca quien mejoró su fortificación interior y levantó en el exterior nuevos reducidos que protegían sus tropas en las salidas. Desgraciadas fueron, sin embargo, todas las empresas de este género que acometieron los nuevos dominadores, y muy crecidos los gastos que originaba á la nación la conservación de Tánger; por cuya razón en 1685 resolvieron abandonarla, despues de volar y arrasar sus fortificaciones, prefiriendo los ingleses entregarla á los moros antes que devolverla al rey de Portugal, su primer conquistador, que solicitaba su posesión.

En la actualidad Tánger es el puerto mas importante de Marruecos. Su población la componen 10,000 moros y un número considerable de judíos. Está defendida por una antigua muralla, deteriorada en gran parte, y guarnecida con torres cuadrangulares, cuya solidez opondría muy escasa resistencia á los proyectiles de la artillería moderna.

Es hoy Tánger residencia de todos los cónsules, y por esta razón y por su frecuente comercio con los europeos, es la ciudad mas culta del imperio de Marruecos.

J. BARREDA

A MI QUERIDO AMIGO.

DON SALVADOR PEREZ MONTOTO.

LA INOCENCIA POR BLASON.

FABLA.

I.

Porque non tienes blasones
é porque non vistes seda,
non quiero fablar contigo
ca non face á mi nobleza.

—¿Por qué tus ojos, zagala,
hoy de lágrimas se preñan
é levantados al cielo
non los posas en la tierra?
Dí ¿por qué, tú tan hermosa,
hoy abandonas la aldea
é te encuentras aquí llorando
sentada cabe una peña?
¿por qué tu pecho suspira?
¿por qué riegan la pradera
tus lágrimas, é por qué
te vienes aquí á vertellas,
é á dar tus cuitas al viento
en tanto allende la fiesta
las tus amigas non gozan
ca sin tí non gozan ellas?
¿Dí, por qué guardas silencio?
¿por qué bajas la cabeza
é á mi fabla cariñosa
la tuya non la contesta?
—Porque non tengo blasones
é porque non visto seda,
non quiero fablar contigo
ca non face á tu nobeza,

II.

—¿Quién dijo tal? al fidalgo
le lizo de su conciencia
el obrar noble y con ley;
non lo face el vestir seda;
non lo facen sus castillos;
non lo face su altiveza;
que tambien nobles, muy nobles
mísera cabaña alberga.
—¡Ah! la villana non puede,
si quier su alma noble sea,
dejar de ser la villana

porque villana naciera,
Así, señor de este valle,
dejad riegue vuestas tierras
con mi llanto.

—Non por Dios,
le enjugaré cuemo pueda
que tus lágrimas me afligen
é siento contigo pena.
Cuéntame, niña, por qué
lloras é non una queja
murmuran tus labios rojos;
voy á pensar si te empeñas
en callar, ca eres culpable,
é manchaste tu conciencia
con un crimen.

—Non, oidme:
non quiero que vuesa lengua
me acuse de criminal.
non quiero que si obré ciega
seredes justo en fallarme,
seredes justo en sentencia.
Non face un año cumplido
de que llamó á la mi puerta
un jóven fermoso, apuesto;
que calzaba rica espuela;
montaba fogoso bruto
que sujetaba á la rienda
é que portaba á la espalda
pendiente á un cordón de seda
rica una trompa de caza,
de oro bruñido é de perlas.
Terminada la batida;
teñía sangre la su diestra,
é non podía seguir
de una corza la carrera,
porque del corcel caído
se lastimara en las brennas.
E mientras sus compañeros
la partida con gran fiesta
proseguían, con fino lienzo
la su mano vende mientras;
que aunque non tengo blasones,
é non visto rica seda,
quiso que yo le curara
que ansi facia á su nobleza.

III.

—Prosigue, niña, prosigue,
ca tu fabla me interesa.
—Se fué el fermoso mancebo,
prometiéndome á su vuelta,
un liston de gran valía
é de color de cereza,
en cambio del que llevara
sujetando la su venda.
¡Ay! me quedé sospirando;
é pasé la noche entera
sin pensar mas que en el jóven,
el mancebo de la espuela,
que al otro día á la mañana
cumplió fiel la su promesa;
é mirándome en cariño
dijo: que hermosa era
é que seria mi hermano
si yo lo hobiera á contenta.
E diciéndole que sí,
quiso que un beso le diera,
é un abrazo cariñoso
cuemo de hermanos en prueba;
é yo faciéndolo alegre,
arrugué la su gorguera,
é mis labios é los suyos
sellaron ¡ay! con fe ciega.
Muchas veces el mancebo
se fué, é muchas volviera;
é nos queríamos tanto!
me nombraba, su Marcela;
é yo á él, mi caballero;
mas... ¡Dios santo! á la mi aldea
non mas tornó, é llorando
esperé en vano la vuelta
de mi cielo é de mi sol.
que listones me trujera;
que tanto yo lo queria,
que tanto él me qui...

—Sella
el labio; non te amaba
cuando de tí non se acuerda.
—¡Ingrato!... ¡ay!...

—Fable presto.
—Al volver á sus faenas
esta mañana mi padre,
con voz un tanto severa
después de observarme un rato
me dijo: «Una sospecha
face tiempo que hasta en sueños,
fija mía, me atormenta,
é que sueños son sin duda
soñar que en ser madre sueñas.»
«Dime, fija, ¿las mis canas
son blancas cal antes eran,
ó manchadas ya non puedo
coronar mi honor con ellas?»
Muda quedé al contestar
lo que non sabia siquiera:
mas el silencio, mi padre
lo analizó á su manera,
callando un rato solemne
é me dijo: «La tu afrenta,
la de tu fijo é la mía,
lava llorando, que inmensa
es la mancha; sal de casa,
é á la mi vista non vuelvas
sin padre para tu fijo.»
«Si en la superficie tersa
de las linfas cristalinas
gota á gota, tinta espesa
sigue cada dia cayendo,
cada dia serán mas negras
sus aguas, é cada dia
fará mas daño beberlas.»
«Adios, fija.» E se volvió,
ocultando la cabeza
en las sus manos callosas;
é yo cual de mármol fecha,
al cabo de luengo rato
me sali de mi vivienda,
llorando cuemo me veis,
ansi lavando mi afrenta.
—¡Ira de Dios! El villano
dí, hermosa, dó se encuentra,
é su cimen....

—Escuchad....:
esta mañana á su puerta
me guió piadosa mano,
é le esperé una hora entera,
Al cabo le vi salir:
é contandole mi pena
regando en llanto sus manos,
atended la su respuesta.
«Porque non tienes blasones,
é porque non vistes seda,
non quiero fablar contigo
ca non face á mi nobleza.

IV.

—¡Rayo de Dios, del mancebo
al punto dame las señas,
é dime cal es su nome:
dimelo ca me interesa,
é contigo casará
ó le colgare á una almena.
—¡Virgen santa! por tu fijo,
ca non quiero que lo fieran.
—Fabra, villana, por Dios
que voy sintiendo impaciencia
por lo que tarda en mentarle,
indecisa la tu lengua.
—Oidme, señor, le llaman
vixconde de las Arenas
de san Pero.

—¡Ah! ¡mio fijo!
¡vive el cielo! que hasta él llegan
mis leyes: será complida
mi justicia é mi sentencia.
Non llores mas, á tu padre
ve; dile que la cabeza
erguida lleve ante el mundo.
ca pues corre por tus venas
la mi sangre, justo es
ca te nemes vixcondesa:
é aunque mi fijo sea noble
é tú villana nascieras,
eres tanto cuemo él:
tus armas son tu inocencia.
E pues que tienes blasones

é vestirás rica seda,
mi fijo casa contigo
é gana assaz en nobleza.

ANTONIO BLAZQUEZ DE CASTRO

LA HUERFANA.

CUENTO POR ELEUTERIO LLOFRIN.

(CONTINUACION.)

Sabia muchos cuentos, muchos, y los chicos
con tal de oírle alguno, se estaban sin pesta-
ñear horas enteras.

Tendría el tío Andrés unos setenta años bien
cumplidos.

—Mira, picarilla—dijo cogiendo por la mano
á Lucía,—me has dado un buen susto. Todas
las noches vienes á la ermita antes de las ocho
y hoy...

—Es que.... mire usted... he encontrado
una madre. Una madre que me quiere, esclama-
ba la niña loca de contenta.

Apenas el anciano vió á la buena Margarita,
sentada á la puerta de la casa con aquel grupo
de ángeles,—murmuró para sí:—Vamos, ya
sé lo que es; esta caritativa mujer va á darme
que sentir, la niña es la bendición de Dios, y
querrá tenerla en su compañía.

Cuando los hijos de Margarita vieron al tío
Andrés ¡con qué demostración de júbilo le re-
cibieron! se le colgaron de los brazos, y le
impulsaban con loca alegría hácia la casa.

El tío Andrés sonreía como los niños.

Estos saludaban al mundo en aquella son-
risa, con el alma tranquila y pura: era el pri-
mer paso de la inocencia en el umbral de la
vida, los primeros resplandores de una aurora
risueña.

El pobre viejo tal vez con aquella sonrisa,
que era como el último resplandor del sol en
una tarde de invierno, se despedía del mundo,
por el cual había atravesado hasta entonces,
sin mancha en la conciencia.

Las flores que nacían saludaban á la que in-
clinaba sus místicas hojas hácia la tierra.

Los dos estremos de la vida se parecen.

Sentóse el tío Andrés y todos le rodearon,
inclusa Margarita, que ya le había dicho la
causa de la detención de Lucía.

El pobre anciano con la cabellera cana, el
rostro reflejando la franqueza y la lealtad y las
arrugas que le imprimían cierto aire venerable,
aparecía como uno de aquellos patriarcas que
con tan sublimes rasgos nos describe la Biblia,
el primer poema del mundo.

Si os dijera que la luna iluminaba el cuadro,
lo creeríais una ficción poética y solo era la
realidad mas encantadora.

Los niños permanecían sentaditos á su lado
y embebecidos esperaban la narración.

Margarita miraba con la satisfacción de ma-
dre á las tres criaturas, cuyo espíritu parecía
pendiente de los labios de aquel hombre res-
petable.

El cielo azul sembrado de estrellas, el mar
con su manso oleaje murmurando á corta dis-
tancia y el aire puro, las flores embalsamando
el ambiente, allá á lo lejos un ruiseñor trinan-
do placentero, todo convidaba á pasar la noche
bajo el emparrado de la casa de Margarita.

Esta noche—dijo con trémula voz el viejo
Andrés—es voy á contar, hijos míos, una his-
toria que os ha de entristecer.

—Bueno, bueno—dijo Pablito—apoyando
los codos en las rodillas para sostener la cabeza
con las manos en las que apoyaba la barba.

Diego se acercó cuanto le fue posible.

Lucía estrechaba entre sus manos las manos
de Margarita.

—Pues señor—continuó el anciano—cuando
yo era joven tenia mucho miedo de pasar la
mar, porque había oído cosas muy tristes de
viajes y naufragios, pues ahora vereis, hijos
míos, ahora vereis. Una tarde entró el padre
de esa chica que era un marinero valiente y
muy atrevido y me dijo:—Andrés, ¡ea! vénte
con nosotros. Nos vamos mi mujer, la niña y

yo á Argel, porque el hijo que libramos del
servicio y las contribuciones y la sequía, nos
hacen marchar para probar fortuna. De esto
hace pocos años.

—Yo dije—soy solo... Pensé un rato y me
decidí.

Nos embarcamos á la semana siguiente, an-
duvimos muchos dias en un laud, hasta que el
cielo empezó á ponerse una noche mas oscuro
que boca de lobo, relámpago por aquí, cule-
brina por allá... Retumbaban los truenos sin
que se supiera cuándo acababa uno para em-
pezar el otro. La mar parecía que estaba hir-
viendo con aquella inquietud del oleaje. La
madre de esta chiquilla tenia un temblor como
un azogado. Los truenos cada vez eran mas
fuertes y el peligro crecía. ¡Qué momentos tan
tristes! El cielo se conjuraba contra nosotros:
el agua caía á torrentes y á todo esto el mar no
parecía alterado por la tempestad. Calmóse
un poco la tormenta, que se alejaba lentamente
y ya dábamos todos las gracias al Dios de la
misericordia, cuando empieza á silbar el huracán
entre las jarcias: la frágil barca que nos
conducía comenzaba á crujir como si se que-
jase amargamente: se oían los truenos á lo le-
jos: el viento zumbaba en torno nuestro y el
mar levantaba ya su espumoso oleaje, ame-
nazando destruir nuestra embarcación.

Los marineros conociendo el peligro acudían
presurosos á cumplir las órdenes del contra-
maestre. Todo era confusión y espanto.

—¡Qué miedo! madre—dijeron casi á un
tiempo Diego y Pablito.

El viento impetuoso arrancó uno de los pa-
los produciendo al caer un estrépito horroroso.

La tripulación recorría despavorida la cu-
bierta: el contramaestre se cruzó de brazos,
fijando en el cielo su mirada.

A esta niña la llevaba en brazos su madre,
que aterrada se arrodilló pidiendo como los
marineros que *La estrella de los mares* cal-
mase la tormenta. Los vaivenes del barco eran
cada vez mas terribles, cruzábanse las olas
con un rumor espantoso. Entre los crujidos de
la madera se oían nuestras voces de socorro y
nuestras oraciones...

Los chicos no respiraban, oyendo al tío An-
drés y mirando con frecuencia á Lucía que
temblaba, temblaba como sobrecogida por un
frio intenso.

—Admirad siempre los decretos de la Pro-
videncia; ved en todo la mano de Dios, hijos
míos, la mano de Dios—prosiguió el anciano
con profética entonación y venerable acento,
un golpe de mar arranca furioso á esta pobre
niña, de los brazos de su madre y la arroja fue-
ra de la embarcación. Oí un grito agudo: que-
dé aturdido... á poco rato ví á la madre luchan-
do con las olas.

—¡Dios mío!—esclamó Margarita, besando
repetidas veces á la pobre huérfana.

—¿Y cómo vive?—preguntó Pablito con
interés.

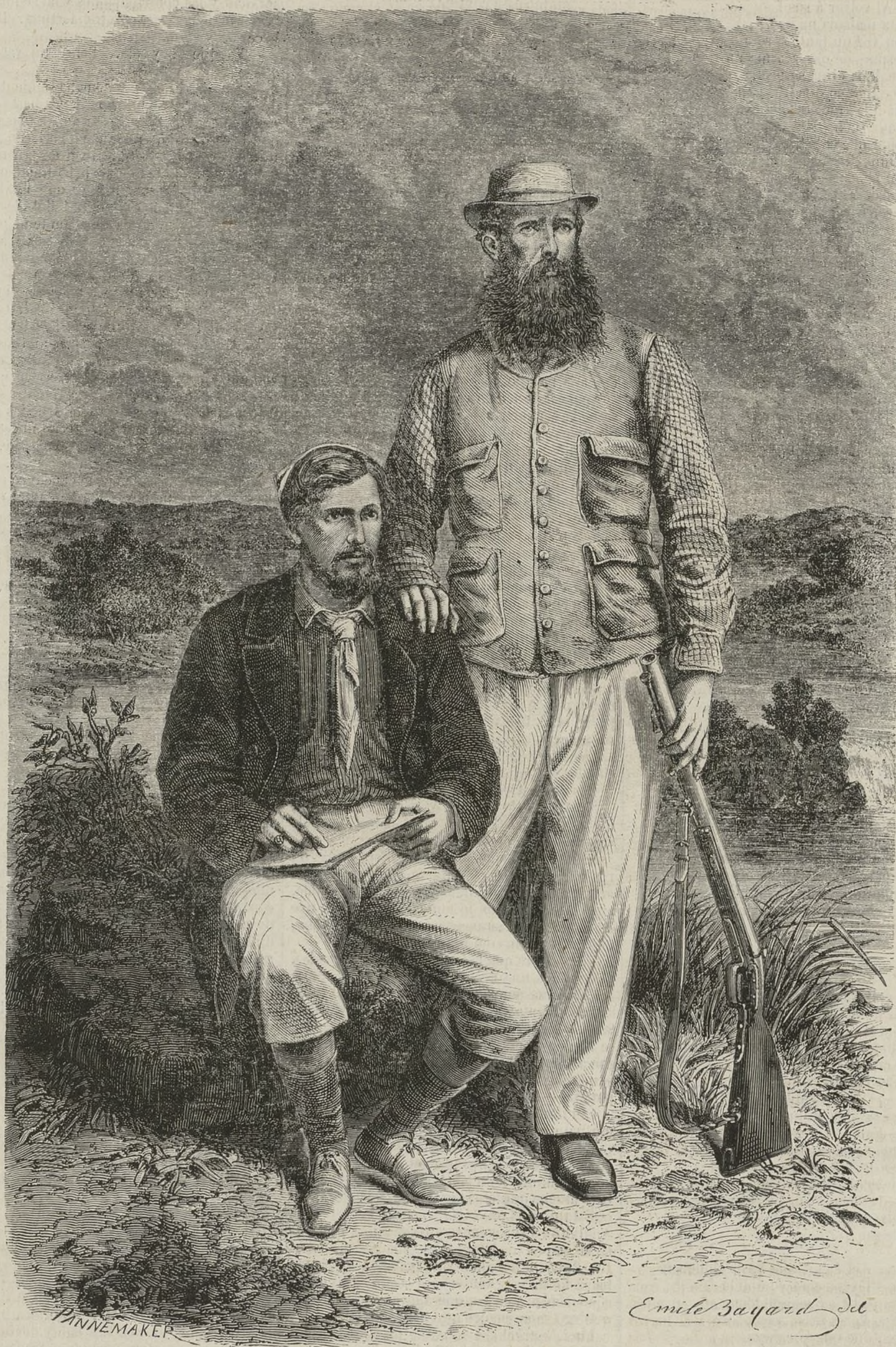
Y Diego asustado y convulso repetía:—Calla,
calla, ahora, ahora nos lo dirá el tío Andrés.

—¡Qué cuadro aquel, Margarita: parece
imposible!

El padre quiso lanzarse al mar también, yo
le contuve y me abracé á uno de los palos por-
que el balancear del barco me había puesto ya
dos veces en peligro.

Los marineros gritaban desesperados «socor-
ro»: alguno de ellos se arrojó al mar y no vol-
vimos á verle... Otro golpe de mar nos sor-
prende y al rayo de la luna que asomaba por
entre dos negras nubes vimos que las olas ha-
bían arrojado á la cubierta un objeto. Era la
pobre mujer que había logrado alcanzar á su
hija y á quien el mar nos había devuelto casi
moribunda, pero estrechando entre sus brazos
el precioso tesoro. Los vaxidos de la niña nos
hicieron comprender que aun vivía (1).

(1) He oído referir un caso idéntico á este y otro muy
parecido á personas que merecían crédito por haberlo pre-
senciado. Alguno de los lectores de este cuento, si ha pa-
sado gran parte de sus dias sin ver más que el cielo y el
mar, comprenderá que es muy posible un hecho como el
que á mí me narraron con todos sus detalles.



Muestra de los grabados de la «Vuelta al Mundo.»—El capitán Grant y el capitán Speke.

El padre estaba sin sentido y echado sobre cubierta.

El amor de la madre había salvado á la hija.

—Las madres son muy buenas, dijeron los

dos niños, levantándose á abrazar á la pobre Margarita que lloraba ahora de júbilo, al recibir las caricias de sus hijos.

Lucía también lloraba.

—Os he referido esto porque sepais la historia de ese ángel: porque veais como el Dios Todopoderoso puede con una mirada calmar las tormentas y volver la tranquilidad al espíritu.

Fue calmando el viento y serenándose el mar, llegó la aurora y brilló mas pura que otros días, coloreando nuestros pálidos rostros. Pasó un vapor muy cerca de nuestra embarcación y nos dió auxilio: saltamos á él y llevó á remolque el casco.

—Y mi madre... luego... replicó Lucía sollozando.

—Ah... tu madre, á los dos meses de vivir en Argel... murió pronunciando tu nombre. No tardó mucho en seguirla tu padre y quedaste sola en el mundo. Yo volví á España, te traje

en mi compañía y los dos partimos la desgraciada suerte que nos ha deparado el cielo. Yo trabajo todavía y gano un pobre jornal que con lo que tú recoges sirviendo á las buenas gentes de estas casas, nos basta para no morirnos de hambre.

La resignación era el único bálsamo que dulcifica la existencia de aquellos seres.

Vivían sin cuidados, sin afanes. ¡Dichosos ellos que lejos del mundanal bullicio encontraban la serenidad de la vida, la calma del espíritu inspirada por las auras apacibles

de días sin nubes y de noches serenas, de cielo puro como sus almas candorosas.

Ya sabemos los antecedentes de la desventurada niña por el triste episodio que narró el tío Andrés; y su relato me evita el penoso encargo de andar en averiguaciones para darlos á conocer á los lectores de este cuento.

Aquella noche quedáronse todos en la casa de Margarita y á la mañana siguiente apenas despuntaba el día, el viejo labrador y la huérfana se encaminaban hácia la ermita: Pablito los despedía con gritos y lágrimas.



Trajes empleados en el culto protestante.—Véase el número 43.

Diego era mas grave y no se atrevía á dar una queja.

La madre los contemplaba estática y después con frenética alegría exclamaba:—Tan buenos, tan buenos como su padre. Dios los bendiga desde su santa gloria.

El sol acababa de asomar por la línea en donde se confunden el mar y el cielo reflejando en las tranquilas aguas sus rojos resplandores, y queriendo presenciar tal vez la felicidad de aquella madre.

La naturaleza toda sonreía de placer con sus aves y sus flores, sus plácidas brisas y sus misteriosos acentos.

III.

Los días pasaban felices para aquellas criaturas benditas del Señor, y el cariño iba cada día creciendo mas entrañablemente en ellos.

Diego, que como ya sabemos era el mayor de los hijos de Margarita, cuando llegó á la edad en que la razón podía darle cuenta de sus actos, pensó acerca de la suerte que le esperaba á su encantadora Lucía, á la hermana de su corazón, que era la cariñosa frase que siempre usaba para ella.

Los negros ojos de Diego, cuyas lágrimas tantas veces habia enjugado su madre, se entretenían mirando horas enteras la melancólica sonrisa de Lucía,

Pablito se ocupaba con frecuencia en coger las mas bonitas rosas del rosal que habia plantado su madre en el patio de la casa, y después se las llevaba á Lucía, en cuya cabeza las colocaba como al azar; pero las gracias de aquella niña, recibía con las flores un nuevo atractivo.

Las flores y los niños se parecen y se aman mutuamente.

Lucía pagaba tantas caricias con un beso que resonaba casi siempre en los oídos de Diego y que le hacia exclamar:—¡Cómo ha de ser! Dios quiere que él sea preferido. Le quiere mas que á mí, dichoso él.

Alguna vez iba triste y taciturno á reclinar su frente en las faldas de su madre, y al sentir el beso maternal decia con un acento que hacia llorar á la viuda:

—¡Madre mia! qué desgraciados serán los que no tienen madre que les cante, como me cantas tú para dormirme... qué desgraciada será Lucía que no tiene madre que la acaricie... ¡Ah! Tú no te morirás nunca ¿es verdad? y tendremos siempre quien nos quiera.

No pudo contestar la enternecida madre, y lágrimas y besos se mezclaron en la cara del niño.

Pablito y Lucía vinieron á todo correr. —A mí tambien, á mí tambien—gritaba Pablito... yo quiero uno... yo quiero uno... beso.

Lucía quedó parada ante aquel cuadro como recordando su historia.

—Ven, tú tambien, hija de mi alma, ven ángel del cielo, yo soy aquí tu madre, y te quiero como mereces, porque eres buena y desgraciada.

La cariñosa Margarita abrazó á los tres como si toda su gloria, toda su felicidad, estuviese allí.

¿Y quién pondrá en duda que lo estaba?

Esto pasaba al anochecer de un día de primavera. Muchas veces habia llegado el tío Andrés en momentos como aquel y su voz resonaba bendiciendo á la Providencia.

—Que viva el tío Andrés, gritaba Pablito saltando como un cabritillo en la montaña. Que viva el tío Andrés, que sabe todas las cosas.

Pero no pasaron muchos meses y el tío Andrés dejó de ir á casa de Margarita.

Lucía llegó una tarde triste y abatida...

Margarita y sus hijos comprendieron, sin que la niña pronunciase una palabra, que algo terrible ocurría en la casa del tío Andrés: salieron todos y se encaminaron á la casa del honrado labrador, que estaba situada muy cerca de la ermita.

Cuando llegaron allá, ¡qué cuadro se ofreció ante sus pasmados ojos!

El sol iba ya á ocultarse tras de las monta-

ñas, á cuyo pie estaba la ermita: sus últimos reflejos daban á todos los objetos un color amarillento, que parecia significar la languidez de los últimos instantes de la vida, murmuraba el mar con suave dulzura. El viento que al cambiar las estaciones suele mecer las ramas de los árboles, hacia desprender algunas hojas que caian secas á la tierra de donde habian salido.

Era el crepúsculo: la hora del misterio y de las oraciones.

La casa del tio Andrés tenia la puerta á medio cerrar. Lucía no se atrevió á abrirla, miró á Margarita y prorumpió en amargo llanto.

Entraron ambas, por fin, acompañadas de los niños.

Lo primero que se veia en la casa del tio Andrés entonces era un colchon tendido en el suelo y un hombre sobre él, cuyo rostro impedía ver un anciano sacerdote que inclinaba la cabeza para oír las palabras de aquel moribundo.

Un vaso con agua y aceite en que flotaba una mariposa, servia de lamparilla.

La escena no podía ser mas triste y desconsoladora.

Algunos labradores de la comarca rodeaban el lecho.

Al entrar Margarita con sus dos hijos y Lucía, el tio Andrés que era el enfermo pronunció un nombre.

El sacerdote llamó por señas á Margarita, que habia ya sabido por Lucía el accidente apoplético que acometiera al buen anciano.

¡Qué contraste aquel! Los niños llegaban al dintel de la vida con la pureza en el alma y presenciaban el *adíos* que al mundo daba aquel hombre tan querido y respetado por ellos.

Los ángeles venian á acompañar el alma del justo en los últimos instantes de su permanencia en la tierra: venian á recoger el último suspiro de aquel hombre para llevarlo con su aliento purificado á la presencia de Dios.

El tio Andrés pronunció algunas palabras difícilmente, y la pobre Lucía sin poder contenerse corrió precipitada y se cogió á una de las manos del moribundo; la besó con religioso respeto y se arrodilló.

Pablito y Diego estaban al lado de su madre y cayeron instintivamente de rodillas, miraron al cielo y besaron mil veces la mano del tio Andrés.

Era un grupo tierno y conmovedor. El sacerdote oraba en silencio.

Los labios del anciano saludaban va al ángel de la eternidad y pedían la bendición del Señor para aquellas familias honradas y sin amparo que dejaba en la tierra.

Todos los presentes se arrodillaron alrededor del moribundo: el sacerdote señaló al cielo y el pobre anciano trocó esta vida por otra mas feliz.

—¡Benditos sean Señor! fueron sus últimas palabras.

El sacerdote procuró mitigar la amargura de los que presenciaban la escena y particularmente de Margarita y de la infortunada Lucía.

—Ya se ha dormido, exclamó el menor de los niños, profundamente convencido de lo que decia.

—Se ha dormido para nosotros—replicó el sacerdote con dulzura—ha despertado para la gloria que Dios reserva á los buenos.

Diego lloraba sin consuelo,

La desgraciada Lucía lo mismo que Margarita y sus hijos, habian recibido la bendición del moribundo.

¿Escuchó Dios la bendición de aquel hombre que iba muy pronto á comparecer ante la justicia infinita?...

Leed ó escuchar la continuacion de la historia y podreis salir de la duda.

IV.

Habian pasado bastantes años. Por fortuna

no pasan con tanta rapidez como trascurren en una narracion.

—Vaya, vaya, que tu hijo y la chiquela parece que se quieren mucho—decia maliciosamente una mujer á Margarita que oia todo eso como quien oye llover.

—¿Y qué, tendria eso algo de particular?

—Nada, sino que como Pablito tiene ese genio tan vivo y tan alegre ha hecho sospechar que está perdido por Lucía y tú no harías nada de mas si les aconsejaras que se casasen; porque ya ves... el pueblo... yo no lo digo por mal, pero como las gentes son así, Dios me libre á mí de... Diego llegó cuando en este punto se hallaba la conversacion de aquella mujer con su madre.

Tenia ya Diego próximamente sus veinte años, con lo cual sea dicho que habian pasado bastantes desde que lo dejamos recibiendo el último suspiro del honrado Andrés.

—Tu Diego se ha hecho ya un mozo cumplido—interrumpió la chismosa, queriendo atraerse con aquellas palabras la atencion de la madre.

Mira, mis hijos que vinieron el otro dia de Valencia me decian: madre, ¿qué tendrá el hijo de la señora Margarita, que siempre le encontramos solo mirando á la mar ó paseando por la montaña próxima.

En efecto. Diego estaba siempre triste y si alguna vez se le veia sonreír era cuando Lucía fijaba sus ojos azules en las de él.

La madre demasiado sabia que su hijo no tenia el corazon tranquilo, y no necesitaba el chisme de vecindad con que aquella mujer venia á herirle.

No era muy difícil de adivinar que todo el que en los momentos presentes se interpusiera, estaba demás entre la madre y el hijo. La mujer que venia solo á guluzmear, lo comprendió así y echando una mirada escudriñadora, se alejó de aquel sitio murmurando satisfecha:—Ya lo decia yo... Aquí hay algun misterio: está claro... Pablito quiere á Lucía, Diego está que no hay quien le aguante... ¡Céllilos tenemos! No parará esto bien. Si Margarita siguiese mis consejos... De seguro que á mí no me pasaría eso...

Apenas se alejó la charlatana mujer, miró Margarita á su hijo que demostraba en su mirada hallarse dominado por un largo pensamiento triste; y despues dirigiéndose á él exclamó:

—Ven, Diego, ven hijo mío. ¿qué tienes?... vamos á comer. Lucía no sabia qué hacerse por alegrarte y á que no adivinas, hoy dia de tus cumpleaños lo que ha hecho? mira, se ha puesto la mejor ropa y ha convidado á todas las muchachas del pueblo para esta tardecita. Tendremos baile... Pablo á ido á avisar á Pepe que toca la guitarra muy bien, y verás, verás que jaleo tendremos aquí toda la tarde, y por la noche si tú quieres tambien, alma mia. Cuánto nos divertiremos, es verdad que tú cantarás! Vaya si cantarás con esa voz de gloria que Dios te ha dado.

Diego aparentó alegrarse.

—Vamos, alegría, alegría para hoy: no hay que pensar en la tristeza—dijo Lucía, saliendo de su cuarto ataviada sencillamente.

¡Cuánto habia crecido en hermosura la huérfana!

La mirada pudorosa inspiraba el respeto de la virtud. La frente pura como los ensueños de una virgen: la boca entreabierta por una sonrisa inocente y candorosa, eran encantadores detalles de aquel rostro.

Todos los mozos del pueblo deseaban una miradita al soslayo ó una sonrisa pasajera en cambio de los «buenos dias que ellos pronunciaban con respetuoso cariño.

(Se continuará.)

LA MAÑANA.

¿Ves los rayos temblorosos de ese sol hijo del alba

Que tímidos sonrosados
Reflejan en las montañas
Formando hermosos cambiantes
De oro y azul plata y grana?
¿Ves ese manso arroyuelo
Que entre campos de esmeralda
Deja correr susurrando
Limpia corriente de plata?
¿Ves ese vergel ameno
Que adornan flores gallardas?
¿No escuchas en él perdido
El suspiro de las auras?
¿No oyes de los ruiseñores
Entre las espesas matas
Las célicas melodías
De su voz enamorada?
¿No miras la mariposa
Rozar volubles sus alas
Con aquella blanca flor
Que grato perfume exhala?
¿No ves en fin de ese cielo
Las puras tintas rosadas
Manto hermoso trasparente
De oro y zafir lila y grana
Que cobija bondadoso
La triste mansion mundana
Alfombra rica brillante
Tersa, pura inmaculada
Que se estiende temerosa
Bajo de la escelsa planta?
¿No escuchas el triste arrullo
De tórtola enamorada
Y el canto del pastorcillo
Allá junto á la fontana,
Y allá mas lejos aun
La voz fuerte acompasada
De la aldea que traducen
Los ecos de la campana?
¿No ves floridas alegres
Las hermosas aldeanas
Abandonando sus lechos
Al toque de la alborada,
Inocentes y modestas
Ir á la ermita cercana
Para oír el sacrificio
De la redencion humana?
¿No percibes el murmurio
Dulce de las fuentes claras?
¿No ves la naturaleza
Que antes yacia postrada
Sacudiendo su letargo
Tornar á vivir lozana?
Si, pues todo hermosa Adela,
Son voces puras ufanas
Que con ecos melodiosos
Saludan á la mañana.

CAMPO DIAZ.

¡UNA MADRE!

(EN EL ALBUM DE CONSUELO.)

Duerme, niño del alma,
Duerme en tu cuna,
Gozando los ensueños
De un alma pura:
Duerme, hijo mío,
A tu lado yo velo:
¡Duerme tranquilo!

Tus rizados cabellos
Que el viento mece,
Y tu puro semblante
De rosa y nieve
Te hacen tan bello,
Que pareces un ángel
Del sacro cielo.

Feliz el que en el mundo
Viva tranquilo
Como tú en blando sueño
Adormecido
Pues, ángel bello,
¿Sabes lo que es la vida?

¡Un triste sueño!

CÁRLOS CANO.

HISTORIA NATURAL.

PEQUEÑA AVUTARDA.

Esta ave es una verdadera avutarda, aunque de dimensiones mas pequeñas; lo cual ha dado ocasion á Klein para llamarla *avutarda enana*. Su longitud tomada desde la punta del pico hasta la estremidad de las uñas es de diez y ocho pulgadas, es decir, menos de la mitad de la misma dimension tomada en la avutarda grande; esta sola medida de todas las demás, sin que deba deducirse de ello con Ray que la pequeña avutarda es con respecto á la grande en proporcion de uno á dos, y si de uno á ocho, supuesto que los volúmenes de los cuerpos semejantes son entre sí como los cubos de aquellas dimensiones simples que se corresponden. Su tamaño se acerca mucho al del faisán. Tiene á semejanza de la avutarda grande, solo tres dedos en cada pie; la parte inferior de la pierna sin plumas; el pico á manera de gallináceas, y un plumon de color de rosa debajo de todas las plumas del cuerpo; pero tiene dos pennas de menos en la cola, una demás en cada ala, y cuando ésta está plegada, sus últimas pennas se extienden casi tanto como las primeras, por las cuales debemos entender las mas apartadas del cuerpo. Además de esto no se ven en el macho mas barbas de plumas que en el de la otra especie; y añade Klein que su plumaje no es tan hermoso como el de la hembra, en contraposición á lo que con frecuencia se observa entre las aves. Mas dejando aparte estas diferencias, que son en sí bastante insignificantes, se encuentran en la pequeña todos los atributos exteriores de grande y aun casi todas sus calidades interiores: el mismo natural, las mismas costumbres y los mismos hábitos: de tal modo, que puede decirse que la pequeña ha salido de un huevo de la grande, cuyo germen haya tenido menor fuerza en su desarrollo.

El macho se distingue de la hembra por dos collares blancos y algunas otras variedades en los colores; pero los de la parte superior del cuerpo son casi los mismos en los dos sexos, y están mucho menos sujetos á variación en los diferentes individuos, como lo habia observado Belon.

La hembra empolla en el mes de junio de tres, cuatro y cinco huevos muy hermosos, de color verde reluciente: cuando sus polluelos han roto el cascaron, los lleva como la gallina á los suyos. No empiezan aquellos á volar hasta mediados de agosto, y cuando oyen algun ruido se agachan contra el suelo y se dejan coger sin mudar de posición.

Se cogen los machos en el lazo atrayéndolos á él con una piel de hembra rellena de paja, cuyo grito se remeda: tambien se cazan con aves de rapiña, aunque por lo general es muy difícil acercarse á estas aves, pues están siempre en acecho en alguna altura en los sembrados de avena: mas nunca, segun dicen, en los centenos y en los trigos. Cuando á fines del verano se disponen á emigrar, se las ve juntarse en manadas, y entonces ya no se observa ninguna diferencia entre las aves nuevas y las viejas.

La pequeña avutarda no es tan comun como la grande, y al parecer está reducida á habitar en un círculo reducido. Linneo dice que se hallan en Europa y particularmente en Francia, cuyo aserto no deja de ser bastante vago, supuesto que hay países muy considerables en Europa, y aun grandes provincias en Francia, en donde es enteramente desconocida. Entre los climas que no le agradan, pueden contarse los de Suecia y Polonia.

Salerno asegura que suele encontrársela muy á menudo en la provincia de Beauce (aunque solo de paso); que se la ve llegar á mediados de abril, y partir al acercarse el invierno: añade que se place en habitar en las tierras estériles y pedregosas, por cuya razon se la llama *canepetrace*, y á sus polluelos *petraceux*. Se halla tambien en el Berri, donde es conocida por el nombre de Canepetrote. Por fin, debe

ser comun en el Maine y la Normandía, supuesto que Belon, juzgando de las demás provincias de Francia por esta que conocia mejor, se atreve á decir *que no hay labrador en este reino que no sepa distinguirla*, dándole el nombre que le corresponde.

La pequeña Avutarda es naturalmente astuta y recelosa en tanto grado, que ha pasado á proverbio; y á las personas que dan muestras de poseer este carácter, se las compara á la dicha ave.

LA PRIMERA IMPRESION.

(MÁXIMAS MORALES.)

Dios con el ser nos ha dado la sublime inteligencia; y en el amor á la ciencia el amor á lo creado.

Asi trazado el severo camino de la virtud, el hombre en su juventud, debe amar, lo verdadero.

Es del niño el corazon tan blando como la cera, toma á la presion primera la forma de la presion:

Si es con celo dirigido y en la virtud educado, será por todos honrado, será por todos querido.

Es la educacion moral, la vida de las naciones, el freno de las pasiones, el antídoto del mal.

En nuestra edad desgraciada los males que padecemos, fruto son, si bien lo vemos, de la semilla sembrada.

El que en propias heredades no cultiva los terrenos, recoge, si siembra truenos, cosecha de tempestades.

¡La religion, la moral, gérmenes del sentimiento, forman sólido el cimiento del edificio social!

Dios, como padre, maldijo al hijo que se revela; ¡ay del padre que no vela por la educacion del hijo!

La empresa mas meritoria y mas digna de alta prez, es, guiar á la niñez por la senda de la gloria.

El jóven que con anhelo quiera cumplir su destino, tiene que andar el camino que va de la tierra al cielo.

¡Y el que su deber olvida, al olvidarlo, no advierte, que no tiene buena muerte quien no tuvo buena vida!

AURELIANO RUIZ.

LA ILUSION Y EL DESENGAÑO.

Dicen que tras la ilusion Que se forja el corazon, Viene para hacerla daño Un horrible desengaño Que mata toda pasion.

Y no mienten, ese ser Que buscamos en mujer Del amor puro, ideal, Jamás se encuentra real ¡Es muy raro ese placer!

El que se finge un amor Que en sí no lleva el dolor, Halla la felicidad; Pero al buscar la verdad Alegre, mas con temor,

No encuentra nunca mujer Que su ilusion venga á ser, Pues al quererla buscar

La ilusion viene á matar Solo, tan solo el querer.

Por eso yo me fingí Un amor que quise en tí Con igual pago encontrar, Y soñé al irlo á buscar

¡Ay! soñé, que lo perdí. ¿Por qué mata la ilusion Que se forja el corazon Tan horrible desengaño? Solo por hacerla daño, Por acabar la pasion.

¡Ay! que creo que acertaron Los que la verdad fijaron En lo tocante al placer Del amor de la mujer Que sin duda no probaron.

Porque diz que á la ilusion Que se forja el corazon, Viene para hacerla daño Un horrible desengaño Que mata toda pasion.

M. SECO.

VIAJES.

BASILEA.

La noble ciudad de Basilea, fundada medio siglo antes de la era cristiana, adornada ciento cincuenta años despues con el título de *Augusta Bauracorum* dotada en el siglo XIII con los privilegios de las ciudades libres, é ilustrada en el XV por su famoso concilio, es ahora una de las mas desconocidas de Suiza.

Se distingue, no obstante, segun el viajero, Mr. Marinier, entre todas las capitales de la Confederacion helvética, por su caridad y sus establecimientos de beneficencia. Tiene un magnífico hospital, y á su lado otro mas modesto, pero tan grande como el primero, porque en su puerta se lee la siguiente inscripcion: *Hospital para los viajeros pobres*. Son tan amantes de ella sus habitantes, que al morir déjanle parte de sus caudales para aumentar sus rentas. Basilea es una activa colmena donde todos trabajan sin cesar. Situada sobre las fronteras de Francia, Alemania y Suiza en el depósito natural de las mercancías que se trasportan de un país á otro.

A pesar de ser una ciudad esencialmente industrial y comercial, no es agena á las letras, y sus hijos han ilustrado en mas de una ocasion á Europa.

El mas venerable de sus monumentos es la catedral fundada á principios del siglo XI por el emperador Enrique I, destruida por un incendio en 1485, reconstruida en 1258, arruinada en 1363 por un temblor de tierra y reedificada por último en el siglo XV con su forma actual. Su arquitectura es sencilla, pero magistosa y elegante. El casino emplea sus fondos en la adquisicion de las mejores obras que se publican en Europa: la ciudad invierte los suyos en el sostenimiento de las escuelas y de los demás establecimientos de instruccion pública.

Por último los alemanes decian en la edad media: Constanza es la ciudad mas grande; Strasburgo la mas noble; Spira la mas piadosa; Worms la mas pobre; Maguncia la mas digna; Tréveris la mas antigua; Colonia la mas poderosa y Basilea la mas alegre.

Á UNA RUBIA.

Me gusta, en una noche tranquila de verano, cogido de tu mano vagar por un jardin, suavísimos perfumes sintiendo de las flores; y allí, decirte amores, ¡gozar dicha sin fin!

Me gusta, en esa noche, contigo, en blanda nave,



HISTORIA NATURAL.—La Avutarda.

herir del mar sùave
el líquido cristal;
y acompañar tu canto,
y oír tu voz de diosa,
y así adorar, hermosa,
tu rostro celestial.

Aspirar de tus lábios
la plácida sonrisa,
mas pura que la brisa
que se respira allí;
y de esto aun no contento,
buscando mas hechizos,
jugando con tus rizos,
morir de amor por tí.

Me gusta de tus ojos
la lánguida mirada,
de tu alma enamorada
divino reflejar;
y al ruido de las olas
que agitan la barquilla,
un beso en tu mejilla
purísimo libar.

Después, al ocultarse
la luna placentera,
volver á la ribera,
con su postrer fulgor;
y mientras tú descansas,
velar por tu reposo
oyéndote, dichoso,
soñar con nuestro amor.

A. VIUDES GIRON.

COSAS DEL DIA.

Cosas veo en nuestros dias
que no las vieron los godos;
todas son anomalías
y geroglíficos todos.

—Con su esposo don Tadeo
Filis vá. ¡Qué bella es Filis!

—Pero el marido ¡qué feo!
—En el oro está el busilis.
—¿Despreció acaso á Manuel?
—Así lo quiso su estrella.
—¿Y por qué?—Porque era él
tan pobre como era ella.
—Moriria de pesar
el infeliz ¡pobre chico!
—No: se acaba de casar
Con una vieja.... y ya es rico.
—¡Vaya! es decir....—Es decir
que con semejantes modos,
todos buscan su vivir
y al fin se acomodan todos.
—¿Su vivir? ¿Y el corazón?
—No importa.—¿Qué anomalía!
—No señor; en conclusion
¡estas son, cosas del día!

AURELIANO RUIZ.

BIBLIOGRAFIA.**LA VUELTA AL MUNDO.**

VIAJES INTERESANTES Y NOVÍSIMOS POR TODOS LOS PAISES,
ESCRITOS POR LOS MAS CÉLEBRES VIAJEROS MODERNOS, Y
ADORNADA CON GRABADOS POR LOS MEJORES ARTISTAS.

Se ha publicado el tomo primero de esta interesantísima obra, que consta de 47 entregas. Los viajes que comprende este tomo, versan sobre países hasta ahora muy poco conocidos ó completamente ignorados; son de lo mas escogido y curioso que se ha leído; y los grabados que los acompañan son de lo mas selecto que se ha publicado desde que se conoce el arte del grabado.

Así las esperanzas que desde el principio de esta publicación concebimos acerca de su éxito no se ha frustrado, antes bien han sido superadas por una suscripción tan numerosa, que

nos obliga á reimprimir el tomo primero ya publicado, y aumentar la tirada del segundo que comenzaremos á publicar.

Este tomo segundo es, si cabe, mas interesante y de mayor importancia que el primero. Comienza por un viaje á la isla de Java, que contiene numerosísimas observaciones sobre el clima, las costumbres y la multiforme población de aquella pintoresca isla, sus palacios, sus paseos, sus fondas, el barrio chino, el javanés, el europeo; seguirán á esta otras narraciones igualmente interesantes, y la que creemos ha de llamar sobre todas la atención, así por la descripción original y extraordinaria como por los curiosísimos grabados, será la del *Viaje de Shang-Hay á Moscou por Pekin, la Mogolia y la Rusia Asiática*. El autor, M. Poussielgue, ha descrito este viaje con arreglo á las notas de Mr. y Mad. Bourboulou, embajadores que han sido de Francia, en China, y traza de mano maestra un animado cuadro de los sitios recorridos, de los usos singulares del pueblo chino y del tártaro y de las escenas variadas que ofrece aquel estenso, remoto y poco conocido país. Los grabados que espican y adornan esta relación, son, como hemos dicho, magníficos; y estamos seguros en una palabra, de que este tomo será mas interesante que el anterior.

ADVERTENCIA.

Los nuevos suscritores podrán recibir, si gustan, el tomo publicado, al precio de suscripción.

Cada entrega comprende ocho grandes páginas, ó sean diez y seis columnas, con profusión de grabados, y cuesta 10 cuartos en toda España.

Se suscribe en los mismos puntos que al *Semanario Popular*.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdidas de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias después de su publicación.
PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Ochoa, calle de Jacometrezo 65; y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Estraniero y Americas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.